

ARTE

Odres viejos para un vino nuevo

¿Odres viejos digo? Viejísimos. Tan viejos son que no corresponden a la edad antigua, sino a la edad media más primaria: la que, por la razón de su primitividad, está más lejos de nosotros, más lejos aún que la antigüedad. Cuando entré en esa nueva galería barcelonesa que tiene un nombre relativamente moderno —Juan de Serrallonga, el bandido generoso de los romances—, le dije a mi acompañante: "Pero este edificio es, por lo menos, de época gótica". "¿Gótico? Ya verás. Aquí hay elementos hasta prerrománicos". Efectivamente, mi asombro no tenía límites. En la parte alta había una ventana geminada, cuyo doble arco descansaba sobre un capitel parece que mozárabe... ¡Y qué bien quedaba allí la modernísima pintura de Tharrats! Yo, sin embargo, no podía evitar el hacerle un poco de traición a esa pintura que era la que hasta allí me llevaba, de tal manera estaba atento a los viejos detalles. Barcelona siempre puede sorprendernos con esos detalles arcáicos que, aquí en Madrid, son inimaginables. Mi acompañante fue precisándome. Esta era una vieja posada. El hostel de Girona, que albergó a muchos trajinantes y viajeros... Cervantes, por ejemplo, se sabe que estuvo aquí alojado. Y Joan de Serrallonga, el bandolero generoso, cuyo nombre hemos elegido ahora para titular a nuestra sala. Está bien. Pienso que, con el tiempo, yo también podré titular una posible futura sala de arte con el nombre de un amigo que tuve en la cárcel cuando ambos éramos delincuentes. Le llamaban "El Lute". Sala Lute o Sala El Lute no estaría mal. Pero habrá que esperar un tiempo para que ese nombre se ennoblezca con los años y, además, para que no se enfaden los salvapatrias de la piromanía librera y galerística.

¡Y qué bien queda Tharrats

—la obra de Tharrats, digo—, integrada en el conjunto de todos esos detalles medievales y alto-medievales...! ¿Por qué? Porque la obra de Tharrats es absolutamente "moderna", de nuestros días... Y no hay nada que se identifique más con el más riguroso medievalismo que cualquiera de la manifestaciones expresivas de nuestro tiempo. De todo lo cual habría mucho que hablar, aunque no aquí, ni ahora... Habría mucho que decir acerca del por qué es ahora cuando estamos mejor dispuestos a identificarnos con las manifestaciones más primarias del medievalismo y con los pueblos primitivos...

Joan Josep Tharrats, natural de Gerona él también, como el viejo hostel en donde ahora vemos su obra —gironí, para decirlo en la lengua de Cataluña—, ha sido uno de esos artistas que callaba y pintaba, ofreciéndonos siempre su obra con una periodicidad intermitente pero rigurosa... Que callaba, digo, pero no porque hubiese pertenecido a cualquiera de esas minorías silenciosas que lo son porque no tienen nada que decir. El se calló cuando en determinado momento de su maduración profesional se dio cuenta de que lo que solamente debía seguir ha-

blando en él era el pintor que llevaba dentro. Antes había escrito mucho sobre arte y sobre los problemas que con el arte se relacionaban —en "Dau al set", de la que él fue uno de los principales protagonistas, primero, y más tarde, en "Revista", aquella revista barcelonesa de la que Dionisio fue, entre nosotros, un promotor eficaz.

Lo bueno de Tharrats es que siempre te lo encuentras en la vanguardia de las mejores causas. Siempre está en la brecha. Posee como nadie —para llamarlo de alguna manera— "el instinto de la vanguardia". Sería inútil pedirle un paso atrás en el camino emprendido por su propia pintura. Y ya no es ningún niño. Quiero decir que aún no le ha llegado la hora de dejarse ganar por el escepticismo y que pasarán todavía muchos años antes de que decida jubilarse y cultivar su jardín.

Por eso, por esa facultad suya para creer firmemente en lo que hace, su pintura se desenvuelve dentro de una línea experimental e investigadora que la transforma siempre en "vanguardia".

Son muy peculiares de él las que llamó "maculaturas": experiencias —transformadas en mucho más que eso— con tintas y manipulaciones de la impre-

ta... Pero todo lo de Tharrats, maculaturas o lo que sea, tienen algo así como una impronta angulosa, decidida más por el "perfil" que por los "gruesos" de cualquier posible dicción caligráfica... Sí, porque la caligrafía cuenta en su concepción plástica. Cuenta incluso como negociación. La "maculatura" —la mancha— es una negación anticáligráfica, pero en un conjunto para el que la caligrafía existe como opción y también como acción...

Yo quiero saludar desde aquí no sólo a la exposición de Tharrats, sino a esa nueva galería de arte. Con ella y con él se confirma la apertura de un nuevo barrio para el movimiento barceloní de las galerías. En ese viejo barrio de arrieros y trajinantes, ya estaba la galería Maeght y ya estaba el "Populart", de María Antonia Pelauzy. La cabeza de puente para un destino muy noble de ese barrio arcaico de la gran Barcelona, ya está formada. Me felicito además que Tharrats, el gironí, haya contribuido a ello. Porque ese gironí es un muy típico habitante de Barcelona: En la extrema vanguardia, defendiendo siempre la tradición más rigurosa...

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



Ventana prerrománica de la nueva galería Juan de Serrallonga, de Barcelona.